

DIGNIDAD Y SOLIDARIDAD:

Una experiencia de voluntariado internacional

Begoña Lorente Sistiaga es voluntaria Adsis en Madrid y ha realizado una experiencia de cooperación internacional con la comunidad Adsis de El Alto, Bolivia. Le hemos pedido que la comparta con los lectores de Presencia.

Fui con la idea de encontrar mi Proyecto de Fin de Carrera, que es Ingeniería de Montes, pero sobretodo con la intención de ayudar o hacer todo lo que me pidiesen, e intentar contribuir en algo en aquel lugar. En cuanto me monté en el avión pensé que debería haber ido más tiempo (fui mes y medio)... ¡y todavía ni había salido de España!

Iba avisada del posible malestar durante los primeros días debido a la altitud en la que se encuentra la ciudad de El Alto (4100 m), pero la verdad es que tuve suerte porque no noté nada especialmente molesto, más que llegar a la cama con sueño a las 21.30 de la noche...

En cuanto llegué me sentí rodeada (quizás sería mejor decir arropada) de gente; sean los de la Comunidad, o la gente boliviana. Imposible olvidar al niño que se sentó a mi lado después de salir de la eucaristía que había ese domingo, con la nariz moqueando y mirándome, pidiéndome con los ojos un poco de limonada: Alex, el hijo de doña Lucía, la guardesa de la Comunidad.

Durante los primeros días estuve yendo a unos sitios y a otros para ver lo que podría hacer durante ese mes y medio. No quería parar nunca, había que aprovechar el tiempo al máximo.

En El Alto la Comunidad realiza una labor integral con los vecinos; están metidos en todos los aspectos cotidianos, pero de una manera "de puntillas", para así conseguir que los verdaderos responsables sean los bolivianos. Uno de los aspectos en los que se trabaja muchísimo (M^a Je al mando) es la formación de las mujeres. Yo tuve la suerte de estar en muchas de esas actividades, como por ejemplo el taller de macramé, el de cocina, charlas de liderazgo, planificación familiar...

Recuerdo el primer (y segundo, y tercero...) día que fui a macramé, sin tener ni idea y con unas manos que parecían palos rígidos, las mujeres a mi alrededor riéndose y dándose codazos para mirarme divertidas. Me volví a España con una bufanda de lana preciosa a medio terminar, gracias a la "profe", su paciencia, la de doña Lucía y la de muchas más, además de mi amor propio, claro...

Otro de los aspectos que se buscaba con las mujeres era la agricultura autosuficiente. Para ello, y al mando de Willy, el ingeniero agrónomo de allí, las mujeres construían en sus casas una carpa (huerto invernadero) en la que plantaban distintas verduras que sirviesen para autoconsumo, y terminar construyendo otra de la que sacasen productos que pudiesen vender.

En las primeras semanas fui a ayudar a construir dos. Me encantó. Pero no sólo por el hecho de construir carpas, que me recordaban a mis campamentos como scout en los que hacíamos construcciones, sino porque en esas dos visitas estuve en la vida cotidiana de dos familias como tantas (si no todas) las de allí. Me dieron lecciones de vida que es muy difícil olvidar: la dignidad con la que vive gente que no tiene nada, dignidad mucho mayor que muchos "ricos" o "medios" de cualquier otro país en mejores condiciones económicas, trabajar sin parar, sin quejarse, y encima ofrecerte mucho más de lo que tienen en agradecimiento.

Esto que escribo ahora posiblemente lo habré escrito y me lo habré dicho a mí



misma más de 10 veces, pero no me canso: La de veces que en España me han dicho (no recientemente, ya voy siendo mayorcita) que hay que comerse todo lo que te ponen en el plato, y seguro que muchas veces te preguntas por qué, y también siempre intentas estar de buen humor siempre.

Allí vi la respuesta más clara que nunca, y yo la vi en forma de dos palabras: respeto y agradecimiento. Hay que comerse todo lo que te ponen en el plato y hay que levantarse cada día contentos, por respeto a gente como con la que tuve la suerte de estar en El Alto, y en agradecimiento a Dios (o a quien sea) por haber tenido la suerte de nacer en donde he nacido, y no donde, si hubiesen dado a elegir, no habría nacido nunca nadie.

Lo pensé allí; el estar tristes es una falta de respeto a ellos, es no aprovechar la oportunidad de nuestra vida acomodada. Recuerdo que el día que ayudé a hacer la primera carpa en casa de Vicky y su familia llegué rendida a casa, pero contentísima.

También para el fomento del autoconsumo, Willy y la Comunidad habían conseguido entregar 10 pollos a cada familia, que en unos meses podrían proporcionarles huevos. Disfruté escuchando durante más de dos semanas, de 7.30 a 9.00 de la mañana, a las mujeres que venían a por la medicina que tenían que tomar sus pollos. Mujeres que estaban sacando adelante a sus hijos, poco a poco, algunas con su marido presente, otras solas, cada una con sus problemas, pero siempre con una sonrisa: al principio tímida, pero con el tiempo fue convirtiéndose en risa ruidosa y en conversaciones (a veces monólogos) con los que aprendí todavía más de la gente y del significado de la palabra dignidad.

Con el tiempo que pasé por los colegios, dando clases, o charlas sobre la Deforestación o el problema del agua, tuve la oportunidad de ver el que yo creo que es el mayor problema que actualmente afecta a Bolivia, así como a tantos países de Sudamérica y posiblemente del mundo. Hay una falta de educación que me hundía, me daba pena, rabia, frustración...

Estoy segura de que no muchos niños en España están contentos por ir al colegio, o por aprender cosas nuevas. Allí iban con ilusión, escuchaban atentísimos lo que les contabas (siempre hay excepciones, jeje), se interesaban al final de la clase por más cosas, hacían murales o maquetas preciosas, etcétera. Pero te encontrabas con la barrera de su consciencia de que no podrían llegar a ser lo que quisiesen. Se me acercaban ¡a mí! con admiración, preguntándome cosas de España y de mi carrera... Sé que muchos veían el estudiar una carrera como algo inalcanzable, y yo quería con todas mis fuerzas que se diesen cuenta de que podían hacerlo, tenían que creérselo ellos mismos. Pero las cosas tienen que cambiar mucho.

Con todo esto de la admiración que podía levantar que una chica cualquiera de 23 años les diese una charla, me dí cuenta de que es muy importante que, hagamos lo que hagamos, hay que hacerlo siempre poniendo todo de tu parte, dándolo todo, porque nunca sabes quién se va a fijar en ti como modelo a seguir.

Hubo muchas más actividades con las que disfruté de la vida en El Alto, como la gymkana y demás actividades de los domingos en el centro Utasa, la organización de los Ayllus urbanos con organizaciones y asociaciones culturales de El Alto, "clases" de Educación física a más de 40 niños entre 5 y 17 años en una cancha de baloncesto con dos balones, acompañar a los niños comiendo en el comedor de Utasa...

Finalmente, no pudo salir mi idea de construir pequeñas piscifactorías en las casas para autoconsumo de tilapias, pero volví con una idea de lo importante en la vida y de trabajar para mejorar nuestro alrededor en la medida de lo posible. Estamos en el mundo para darnos a los demás, es lo que de verdad enriquece.

Para terminar, sólo tengo buenas palabras para los hermanos de la Comunidad. Me sentí acogida desde el primer día de una manera especial. En cuanto a su labor en El Alto, lo hacen de la mejor forma posible, están metidos en todo, en todos los aspectos de la vida cotidiana, pero han conseguido la implicación total de los vecinos bolivianos. Yo no podré olvidar ese mes y medio nunca, a ningún niño, a ninguno de la Comunidad, Javi, Claudio, Merche (qué risas en las reuniones de los Ayllus urbanos), M^a Je, M^a Luz, Alfonso, Ana, Luci y Marcos...Vuestra labor es lo más admirable que he visto nunca, y si rezo es para que siempre haya gente como vosotros.

Un abrazo a todos, tanto a los que conozco como a los que no. Siempre hay algo que podemos hacer por los demás, sólo hay que proponérselo.

Begoña Lorente
Madrid, octubre 2009